

Cristo y la Cultura

9

Refinar la cultura

REFINAR LA CULTURA

Primero, toda evaluación de una cultura depende de un conjunto de valores, al mismo tiempo que ese conjunto de valores, a su vez, está conformado por la cultura que informa la evaluación. Esto es tan cierto del materialismo filosófico de algunos antropólogos culturales como lo es del marxismo, y también de la fe cristiana. Cuanto más amplia sea la coalición de personas que se ponen de acuerdo sobre una idea, más amplia será la evaluación consensuada.

Segundo, desde una perspectiva cristiana, todo lo que está aislado de la centralidad esencial de Dios es malo. Supone un horripilante desafío a Dios. En este sentido, desde el punto de vista cristiano, toda postura cultural que no cante con gozo y obediencia “¡Jesús es el Señor!” está sujeta a la misma condena. Según esto, todas las culturas a este lado de la Caída son malas. Pero *tercero*, e igualmente desde el paradigma cristiano, Dios, mediante su “gracia común”, derrama incontables cosas buenas sobre las personas de todo el mundo. Aunque quizás el mundo no le reconozca como a Dios, disfruta de los beneficios que él le da, y esos dones son realmente buenos ([Santiago 1:17](#)).

Y *cuarto*, dado que la revelación cristiana insiste ciertamente en que hay grados de castigo que dispensa un Dios bueno, debemos asumir que algunas posturas culturales son más reprobables que otras, ya sea por sí mismas o debido a la responsabilidad aumentada que tienen las personas privilegiadas, o por algún otro motivo. No tenemos por qué recurrir a las imágenes de Dante sobre los círculos descendientes del infierno: el propio Jesús insiste en la realidad de los grados relativos de castigo (p. ej. [Mateo 11:20-24](#); [Lucas 12:47-48](#)), que presuponen grados relativos de bien y de mal en distintas culturas.

En *quinto* lugar, muchas de las distinciones entre los cinco patrones que vimos en la primera parte giran, a fin de cuentas, en torno a una evaluación de cuan malvada es una cultura. En otras palabras, la diferenciación entre las posturas posibles de Cristo frente a la cultura gira, al menos en parte, en torno a la evaluación que haga cada uno de los valores de cada cultura. Dudo de que ningún análisis minucioso de las relaciones posibles entre Dios y la cultura pueda ignorar estas evaluaciones diferenciadas sobre el valor moral de una cultura particular, por difíciles o tentativas que deban ser tales evaluaciones.

Sexto, los seres humanos tenemos la deprimente propensión a corromper las cosas buenas, todas las cosas buenas. Pensemos en un ejemplo. Partiendo de las provocativas reflexiones de Steiner en *After Babel*, Henri Blocher plantea la pregunta de si la imposición de los idiomas en Babel fue algo bueno o malo.

Si fue malo, entonces presuntamente la unidad idiomática anterior a Babel era algo bueno, pero, sin embargo, fue esa unidad la que permitió a las personas intentar la rebelión masiva simbolizada por Babel. Si esa unidad era tan mala, quizás la diversidad sea en sí misma algo positivo. Como mínimo, aun cuando la imposición de la diversidad de idiomas fue una reprensión y una limitación, no es transparentemente claro que la multiplicidad de idiomas en sí misma fuera algo bueno o malo. Fue buena en el sentido de que acabó con el conato de rebelión; fue mala en el sentido de que dio pie a grupos disyuntivos (¿tribus, naciones, razas?) que a menudo se enemistaban entre sí. En otras palabras, los seres humanos somos capaces de corromper la unidad y convertirla en rebelión, y podemos corromper la diversidad y convertirla en guerra.

Sin embargo, no podemos por menos que constatar que en Pentecostés, Dios no otorgó el don de un solo idioma como una especie de restauración de la situación anterior a Babel; más bien, concedió el don de muchos idiomas, de modo que el mensaje pudiera escucharse en todos los idiomas necesarios, preservando así la diversidad. Aunque es cierto que el Apocalipsis puede retratar muchos idiomas entre los loci de la rebelión en proceso (p. ej. [Apocalipsis 10:11](#)), también presenta a la gran hueste de los redimidos procedentes de toda tribu, pueblo, nación e idioma (p. ej. [Apocalipsis 5:9; 7:9](#)).

No hay motivos para pensar que la gloriosa unidad que disfrutaremos en el nuevo cielo y en la nueva tierra no abarca la diversidad igualmente gloriosa de raza, nación e idioma. (Quizá nadie se ofenda si a algunos nos cuesta unos cuantos miles de años aprender bien el chino mandarín). Hasta entonces, persistiremos en nuestra capacidad para corromper la unidad y prostituir la diversidad, esas mismas unidad y diversidad que a menudo se presentan como cosas “buenas”. Sencillamente, desde la perspectiva cristiana debemos decir que la cultura, como cualquier otra faceta de la Creación, se encuentra sometida al juicio de Dios.

La posición que es más probable que sea profundamente cristiana es la que intenta integrar todos los principales puntos de inflexión determinados por la Biblia en la historia de la redención: la Creación, la Caída, el llamamiento de Abraham, el éxodo y la entrega de la ley, el auge de la monarquía y luego de los profetas, el exilio, la Encarnación, el ministerio, muerte y resurrección de Jesucristo, el advenimiento del reino de Dios, la venida del Espíritu y la consiguiente tensión escatológica entre el “ya” y el “todavía no”, el regreso de Cristo y la esperanza de unos nuevos cielos y una nueva tierra. Podemos ampliar o recortar un poco esto, pero no debemos pasar por alto la idea subyacente.

La postura que probablemente sea la más profundamente cristiana es aquella que procura integrar en la historia de la redención todos los puntos de inflexión importantes determinados por la Biblia.

Es inevitable que la localización de los cristianos contemporáneos en sus rincones del mundo tenga una influencia moldeadora en cuales son los elementos de la línea argumental bíblica que deben enfatizar. Pero vivan donde vivan, los que estén mejor informados no deben insistir en que la suya es la única manera de pensar responsablemente en las relaciones entre Cristo y la cultura (más amplia). Más bien, deben esforzarse al mismo tiempo por asimilar todos los puntos de inflexión en la historia de la redención y admitir que su propia localización cultural exige que algunos énfasis bíblicos tengan una prioridad más elevada que otros.

Esta forma de expresarlo permite tres cosas:

1. (a) un mayor consenso cristiano intercultural sobre lo que dice la Escritura;
2. (b) una acomodación flexible a las exigencias de las culturas circundantes concretas; y
3. (c) la comprensión implícita de que al cambiar la cultura más amplia (pongamos que cuando cesa la persecución, cuando se produce una revolución constantiniana, cuando la Iglesia corre más peligro de verse seducida por el poder que de ser golpeada por la brutalidad), la amplitud de la línea argumental de la Biblia y la multiplicidad de sus énfasis entrelazados permiten aun desempeñar una función reformadora, moldeadora y correctora del modo en que los cristianos deben pensar en sí mismos dentro del mundo en que viven.

La consecuencia es que la posición que probablemente sea la más cristiana es aquella que no solo reconoce los hitos abarcadores de la historia de la redención, sino que examina también su propia época y reflexiona profundamente sobre cómo responder mejor y tomar la iniciativa dentro de ese entorno cultural (global).

Resumiendo: recuerda, una vez más, la definición de cultura que nos ofrece Geertz: “denota un patrón de significados transmitidos históricamente y encarnados en símbolos, un sistema de conceptos heredados expresados de forma simbólica por medio de los cuales los hombres comunican, perpetúan y desarrollan su conocimiento sobre la vida y sus actitudes hacia ella”.

La cultura no es la posesión idiosincrásica del individuo, aunque es muy posible que un individuo encarne una cultura particular. Claramente, el lugar geométrico de una cultura concreta es variable y puede superponerse a otras culturas, pero esto no significa que no se pueda comparar útilmente una cultura con otra y contrastarla con ella. Debido a que los cristianos se fijan humildemente en la Escritura (sobre todo, como la interpreta el “patrón de significados transmitido” entendido en su grupo cristiano), a pesar de que algunos de los “patrones de significados transmitidos” se encontrarán inevitablemente en continuidad con sus conciudadanos que no comparten su herencia y sus intereses cristianos.

De igual manera, se encontrarán en continuidad con, y en discontinuidad con, los cristianos que viven en otras partes del mundo que están inmersos en culturas bastante diferentes. Por este motivo, podemos hablar útilmente de las relaciones entre (una forma particular) del cristianismo y (otras) culturas; o, para no ahogarnos en advertencias, podemos decir simplemente que podemos pensar en Cristo y la cultura.

Cristo y la Cultura

Clase 09: Refinar la cultura

Además, la herencia cristiana de significados y valores depende de la revelación de Dios, que nos hace verlo todo con otros ojos. En las muy citadas palabras de C. S. Lewis:

**“Creo en el cristianismo como creo que ha salido el sol;
no solo porque lo veo, sino porque gracias a él veo todo
lo demás”**

Este es el motivo de que la reflexión sobre Cristo y la cultura promete ser fructífera y reveladora: es la reflexión sobre una manera distinta de verlo todo, de una visión diferente, incluso cuando lo que estemos mirando sea lo mismo.